

# CUARTA PARTE

## REFLEXIÓN CRÍTICA

### CAPÍTULO XVI

## CONSIDERACIONES FINALES

### 1. VISIONES DE CONJUNTO

El espectador que otea, desde la cresta de los años, el lejano pasado de la Revolución, sorprende en éste rasgos de la preparación de la escuela popular. En efecto, la educación pública del porfiriato, eminentemente urbana y dedicada a las clases media y alta, con el resultado lógico de la propagación del analfabetismo entre los campesinos, cedió el paso a la educación rudimentaria. Las voces aisladas de Ignacio M. Altamirano, Abraham Castellanos, Ignacio Ramírez, Justo Sierra y otros defensores de los indígenas, perdidas antes en el desierto de la indiferencia, empezaron a ser escuchadas. La Revolución inició un tímido impulso en pro de la educación rudimentaria de los indígenas: la Segunda Reunión del Congreso Nacional de Educación Primaria mencionó la necesidad de los maestros ambulantes y la Tercera apoyó abiertamente las escuelas rudimentarias, única esperanza de redención de los indios.

Jorge Vera Estañol, secretario de Instrucción Pública en el gabinete de Victoriano Huerta, reiteró la importancia de atender a los indígenas con un plan concreto: crear 2 000 escuelas rudimentarias en todo el país, logrando que el Congreso aprobara el presupuesto para fundarlas. Esta partida fue la mayor asignada a la educación nacional hasta ese momento.

La dictadura de Huerta se desplomó poco después y la tarea de enderezar el rumbo de la educación pasó a manos de los revolucionarios, quienes la prosiguieron con gran entusiasmo, como lo demuestra la celebración de numerosos congresos. Uno de ellos, el de Veracruz (1915), se refirió sin ambages a la “educación popular”, término consagrado desde entonces en el lenguaje nacional. Hubo de transcurrir todavía otro año de lucha armada, con la consiguiente destrucción de vidas y bienes materiales. En 1917 la Asamblea de Querétaro decretó la supresión de la SIPBA, decisión que permitió a Carranza proceder de inmediato a municipalizar la enseñanza. Esta disposición, aparentemente atinada y benéfica, afectó de forma nociva la enseñanza popular, pues, desde ese momento, entró ésta

en franca decadencia. La municipalización ejerció en la enseñanza oficial un influjo destructivo más eficaz que el de las batallas. Los municipios, nunca bien provistos de recursos, resultaron, por una parte, incapaces de sostener la labor educativa, y el Gobierno Federal, por otra, no pudo dedicar a aquéllas más que el 1% del presupuesto nacional. La enseñanza popular empezó entonces a perecer por inanición.

Durante esos difíciles años de la municipalización, se mencionó varias veces el proyecto de federalizar la enseñanza, única tabla de salvación en el naufragio. La muerte de Carranza, autor de la municipalización de la educación, allanó el camino para federalizarla y Vasconcelos, un hombre excepcional, creó la Secretaría de Educación Pública e inició, con la cruzada contra el analfabetismo, la época de oro de la educación mexicana. Introdujo también a los maestros ambulantes, embajadores de la ilustración ante los indígenas; las misiones culturales, ingeniosa ampliación de la obra de aquéllos; el muralismo, inspirado en el arte autóctono, que desplegaba, en lienzos de arcilla, el espléndido paisaje y la rica fauna del país; el cultivo de la música regional; el deporte y, en medio de este conjunto de actividades educativas, Vasconcelos inició la búsqueda de las raíces de la identidad nacional, su aportación más valiosa al futuro de la nación. Por desgracia, este periodo fue sólo una fugaz primavera en la historia de la educación pública.

Con el advenimiento del callismo, el impulso vasconceliano perdura todavía dos años. Se crean las escuelas centrales agrícolas y la Casa del Estudiante Indígena, las Cajas de Ahorro Escolares y el Departamento Psicopedagógico.

Empero, al desatar Calles la jauría de la persecución religiosa, la educación nacional sufre un grave quebranto. Las primeras víctimas son las escuelas privadas; pero el destructor vendaval alcanza también a las escuelas oficiales. El número de alumnos y profesores disminuye y comienza una etapa en que muchos hogares asumen la tarea de convertirse en centros de enseñanza de niños, cuyos padres optan por retirarlos de las escuelas oficiales antes que exponerlos a una educación irreligiosa. El maximato prolonga cinco años más esta situación, durante la cual desfilan siete secretarios de Educación Pública y ésta resiente tan numerosos cambios. Además, los últimos años del maximato se entenebrecen por graves conflictos sindicales y del gobierno con los alumnos, y por el intento de implantar en las escuelas la educación sexual, inaceptable a los padres de familia, no sólo por dejar en manos de los maestros un tema delicado, sino por haber sembrado su autor la desconfianza a su alrededor.

A diferencia de la etapa de 1821-1910, en los últimos años de ésta (1926-1934) se recalca casi exclusivamente el laicismo que el gobierno extiende a las escuelas primarias particulares; se prohíbe a los institutos clericales y religiosos que las crearan y dirigieran (1917); se proscribe la presencia de símbolos religiosos en los edificios escolares, y aun se veta a

los ministros de cualquier denominación religiosa enseñar en primarias y secundarias primarias, prohibición que la Asamblea Constituyente de Querétaro no había osado imponer.

## 2. ASPECTOS DE LA EDUCACIÓN OFICIAL

Ante todo, saltan a la vista los frecuentes cambios de autoridades: 15 presidentes gobernaron la nación y 27 secretarios se sucedieron en el ramo de la Educación Pública.<sup>1</sup> Tal frecuencia de cambios afectó nocivamente el desarrollo del ramo y se manifestó en la proliferación de planes de estudio. La preparatoria, la más afectada, sufrió seis cambios: 1914, 1916, 1918, 1920, 1921 y 1922. La secundaria se creó en 1923 y experimentó revisiones en 1926 y 1928. La normal salió mejor librada: tuvo sólo dos revisiones, en 1916 y 1923, y las distintas normales capitalinas se fundieron en la Escuela Nacional de Maestros (1924). La enseñanza técnica, favorecida con especial atención por Palavicini y Vasconcelos, fue revisada una vez.

Otro aspecto de la educación oficial, digno de mencionarse en esta época, fue el empeño por adaptar la primaria a las condiciones de los alumnos y vincularla debidamente con la preparatoria. Por esos años se comprobó también que una instrucción popular, mera copia de la urbana, carecía de sentido y se creó entonces una primaria que incluía labores agrícolas y pequeñas industrias a fin de proporcionar a los campesinos recursos para sostenerse.

El entusiasmo educativo se manifestó, durante estos 23 años, en la celebración de congresos de diversos tipos: cuatro Nacionales de Primaria; cinco Pedagógicos Estatales; cuatro Nacionales de Maestros; uno sobre la Enseñanza de Preparatoria; dos sobre el Niño; dos sobre la Secundaria y una Asamblea Nacional de Educación. Temas recurrentes en tales reuniones fueron la federalización de la enseñanza; la preparación de los maestros, su sindicalización y el establecimiento del escalafón; la aplicación de la psicología en la educación; la comprensión de los indígenas; la atención a las diferencias individuales; el conocimiento del niño y las diferencias entre la escuela rural y la urbana.

Por otra parte, en la educación de estos años se advierte el influjo de los modelos extranjeros mencionados en el primer capítulo: el énfasis en el niño, centro de gravedad de toda la educación, según la escuela nueva; el papel del maestro, limitado a servir de mera ayuda para permitir al niño desarrollar su iniciativa, el acento en la libertad, la atención a la genética y la psicología; la utilidad del método de proyectos; la tendencia a subrayar la importancia de los factores sociales —cooperación, participación y aprobación social— son otros tantos elementos de las doctrinas educativas de

---

<sup>1</sup> Esta cifra incluye a los nombrados por la convención de Aguascalientes.

Aguayo, Dewey, Hall, Kerschensteiner, Luzuriaga y otros. En cambio, Rousseau, Pestalozzi, Laubscher y Rébsamen no vuelven a ser mencionados.

La Revolución subrayó también la característica “popular” de la educación, al grado de proporcionarle más atención a aquella que a la enseñanza superior. Vasconcelos consagró definitivamente este rasgo con la cruzada nacional para desterrar el analfabetismo.

Otro rasgo importante de la educación posrevolucionaria fue el nacionalismo, mencionado desde el tiempo de Justo Sierra (Meneses, 1983, pp. 549, 652) como la estimulación de la conciencia patria, pues era claro que los otros elementos de ésta —definición de fronteras y creación de una organización social— ya existían (Broom and Selznick, 1967, pp. 128-129; 671-672). La obra de Vasconcelos fue fundamental en este sentido, pues antes de promover la lealtad a la patria, descubrió su identidad: México no era exclusivamente español ni tampoco indígena. México era una nación mestiza. La mera fusión de las razas no constituía por sí sola el meollo de su identidad, sino el modo como ésta se había efectuado, con la mezcla de lo autóctono y lo universal, mediante un triple proceso de asimilación, creación e imitación (Béjar Navarro, 1981, p. 135).

### 3. TENDENCIAS EDUCATIVAS EN ESTE PERIODO

Estos 23 años cuya historia narramos se dividen en las siguientes etapas: 1) preparación de la escuela popular (1911-1914) con los ensayos titubeantes de Madero, Huerta y de los primeros años de Carranza; 2) creación de la escuela popular (1915), con la ley del gobernador de Veracruz Cándido Aguilar; 3) grave crisis producida por la municipalización (1917-1920), que afecta a la recién fundada escuela popular; 4) edad de oro, con la creación de la SEP (1921-1925); 5) una segunda crisis (1926-1934) debida a la persecución religiosa y a los inestables gobiernos del maximato, acompañada de momentáneos destellos de progreso, obra de los secretarios Aarón Sáenz, Puig y del mismo Bassols.

Diversas tendencias se advierten, durante estos años, entre los funcionarios responsables de la educación y los grupos de maestros: 1) la liberal, patrocinada por Palavicini y Macías, apoyaba la educación para incrementar la productividad, el bienestar del individuo y el ejercicio de la democracia, dentro de un esquema capitalista, y pretendía usar la educación para ejercer control social;<sup>2</sup> 2) la segunda orientación, más populista, se compro-

---

<sup>2</sup> La educación ejerce siempre un doble control social: uno amplio, en cuanto las acciones de los educadores, sus expectativas y actitudes influyen en los educandos, quienes las internalizan y las convierten en normas de conducta; otro estricto, en cuanto los educadores determinan física y/o simbólicamente la conducta de los educandos, aun contra la voluntad de éstos (Brookover y Gottlieb, 1964, pp. 100-101).

metía a crear una sociedad caracterizada por la clase media. Uno de sus voceros, Antonio Díaz Soto y Gama, encabezaba el Partido Agrarista, muchos de cuyos miembros se convirtieron en misioneros rurales. Dentro de esta categoría habría que incluir a los educadores cuyas ideas estaban más cercanas al primer grupo, pero cuyo compromiso populista les daba un aura radical, tales como Rafael Ramírez y Moisés Sáenz, quienes promovieron, durante el régimen de Calles, el cooperativismo; 3) la tercera se asociaba con el movimiento radical laborista, la Confederación General del Trabajo y el Partido Socialista del Sureste. Esta tendencia se había comprometido a abolir la propiedad privada y dar a los campesinos y obreros el control de la Revolución. Sus ideas sobre la educación nacían de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia y de la Racionalista, aunque su método educativo pertenecía más bien a la pedagogía de la acción de los liberales. Esta tendencia evolucionaría, más adelante, hacia la escuela socialista de la época de Cárdenas (Vaughan, 1973, pp. 328-329).

Estas tendencias nacían más bien de los postulados políticos de los individuos que de las necesidades de la nación. Sin embargo, hubo una cuarta tendencia: la de Vasconcelos, quien prescindió de la política e investigó cuáles eran las necesidades más urgentes de la nación. Estas eran: a) la ausencia de un sentido de patria y, de ahí, la falta de solidaridad entre los mexicanos. México era un conglomerado de grupos: criollos, mestizos, indígenas, mulatos y europeos, b) la injusta distribución de la riqueza debida en gran parte a la ignorancia de los maestros y campesinos, y c) el atraso de la industrialización, la cual habría que atemperar con el humanismo de los clásicos. La tendencia vasconceliana tuvo en cuenta estas condiciones nacionales.

¿Llegó esta tendencia o alguna otra de las mencionadas a constituir una filosofía de la educación con una visión del mundo y del hombre, su conjunto de valores y sus teorías del conocimiento y de la educación? (Meneses, 1983, pp. 658-665). El apartado siguiente tratará de responder a esta cuestión con el estudio de dos tendencias; la de Vasconcelos y la de Sáenz, pues la tendencia liberal se trató ya en el primer volumen de esta obra y la racionalista (socialista) será el tema siguiente.

#### 4. LA TENDENCIA EDUCATIVA DEL RÉGIMEN OBREGONISTA<sup>3</sup>

La escuela popular, fruto de la Revolución, empezaba a rehacerse de la crisis suscitada por la municipalización cuando pasó a depender de Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional de México. Este, cuyo pensamien-

---

<sup>3</sup> Si bien las obras de Vasconcelos sobre educación son posteriores a su gestión en la SEP, puede decirse que su pensamiento educativo ya estaba formado en los años 1921-1924.

to se inspiraba en una reacción contra el racionalismo de la Ilustración, constituyó una verdadera filosofía de la educación.

*La visión del mundo* en Vasconcelos es pluralista, aunque su empleo de terminología ambigua —metáforas y alegorías en vez de conceptos— impide afirmar con plena claridad su pluralismo. De cualquier modo, al admitir la existencia del espíritu, acepta implícitamente el pluralismo (Sánchez Villaseñor, 1939, pp. 25-29; Vasconcelos, 1958, UC, pp. 393-396; Ivie, 1965, p. 70).

Vasconcelos sostiene una *visión de la naturaleza humana* activa y neutra, es decir, el hombre posee una actividad endógena y, por tanto, no requiere, ordinariamente, estímulos para actuar. No es bueno ni malo sino neutro, si bien subraya Vasconcelos la doctrina agustiniana del dualismo: alma y cuerpo. Este último tiene, por su condición animal, necesidades inferiores y debe someterse al alma. La naturaleza del hombre no es mala intrínsecamente, según lo sostiene la doctrina protestante, sino sólo inclinada al mal. Por eso, debe ayudarse al niño a entrar en razón y guardar el orden requerido en toda sociedad. Además de estas consideraciones de índole filosófica, Vasconcelos (1957, *ED*, p. 1287) llama la atención hacia la condición concreta del mexicano: “[...] un pueblo como el nuestro, enfermo de un justificado complejo de inferioridad... requiere se le despierten los ánimos y se le infunda confianza en sus propias capacidades.”

Según Llinás (1978, p. 167), Vasconcelos propone, en su tendencia educativa, *cinco valores*: primero, hacer de Latinoamérica el centro de una gran síntesis humana (1958, *CD*, p. 1709); segundo, sentar la hispanidad —cultura mestiza— como base del concepto de mexicanidad (1958, *DRO*, p. 1529); tercero, emplear la servicialidad del ser humano como medio para realizar esta labor (1958, *DRO*, p. 1557); cuarto, valerse del industrialismo, al modo de simple medio, nunca como un fin (1958, *DRO*, p. 1532), para promover el progreso de la nación; quinto, mexicanizar el saber, es decir, hacer objeto de constante estudio la antropología, botánica, geografía, geología y zoología del país (1958, *CD*, pp. 773-777 y *DRO*, p. 1514).

Para convertir a Latinoamérica en síntesis humana, Vasconcelos propone que “la escuela sea resumen de la experiencia general de la humanidad, expresada, hasta donde es posible, en el lenguaje del niño, que es sencillo, pero no trivial” (1958, *DRO*, p. 1514). Incluye a toda la humanidad, sin confinarla a determinadas culturas o tradiciones. Así lo manifiesta su obra: *Lecturas clásicas para niños* [1924] (1971), florilegio de las mejores literaturas y alimento para estimular al estudiante a efectuar una síntesis de la experiencia de la humanidad.

Si como Vasconcelos asienta: “El fin de la educación no es tanto descubrir como saber, y saber no tanto para poder como para llegar al ser” (1958, *DRO*, p. 1514), el conocimiento del pasado —puerta de entrada para el conocimiento de uno mismo— permitiría al alumno conciencia de

su ser, mezcla de mil elementos decantados en el transcurso de la vida. Contemplaría el avance de la humanidad, cada generación apoyada en el hombro de la anterior, por el camino fatigoso de la existencia. Una síntesis humana no se improvisa. Se requiere el genio de Odiseo, peregrino de mil viajes y testigo de innumerables experiencias. El niño puede emprender imaginativamente, por la lectura de los grandes escritores de la humanidad, estos viajes, para sumarse al lento avance de la civilización y contemplar los tropiezos y los desfallecimientos de una humanidad que da traspiés y que trastabillea en las tinieblas para encontrar el sendero hacia la luz. Vasconcelos afirma, sin ambages, que “hace falta el totalismo clásico en esta hora de reconstrucciones de universalidad” (1958, *DRO*, p. 1497). Si él sugería darle al niño a leer los clásicos, estaba, por eso mismo, negando las teorías roussonianas de dejar al niño desarrollarse por sus propios raquíuticos recursos, “... no hay un solo caso en que la cultura no represente un esfuerzo de reorganización de lo natural y de intervención en su desarrollo” (1958, *DRO*, p. 1499).

Ahora bien, para elaborar esta síntesis se requiere un agente centralizador y coordinador y Latinoamérica es un mosaico de países. No puede esperarse que, espontánea o mágicamente, se produzca la gran síntesis que sería la cultura del mañana. Se requiere un medio, por ejemplo, un consejo educativo cultural (*Lecturas clásicas...* [1924] (1971), p. ix), mera sugerencia ideal de Vasconcelos, en el ámbito continental, realizada con la creación de la SEP. Antes de 1921, los esfuerzos educativos estaban dispersos y desorientados. Al crearse la SEP, innovación más que restauración, se logró por acuerdo de las entidades federativas, que la SEP tomara a su cargo las zonas mal servidas: las regiones rurales y los grupos indígenas hasta entonces olvidados. De esta suerte, la SEP empezó a actuar como agente coordinador de la síntesis nacional, prerrequisito de la continental. Aquella suponía la integración cultural del país, donde, después de cuatro siglos, vivían aún razas carentes de elementos comunes, a no ser su presencia en el mismo territorio.

La labor educativa, por tanto, debía apoyarse en el concepto de hispanidad como cultura básica, principio de búsqueda de la mexicanidad. Obregón dio, en este sentido, el primer paso, al instituir el 12 de octubre como Día de la Raza o de la Cultura Hispánica (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1254). Vasconcelos organizó en seguida un curso sobre Latinoamérica, el cual se impartía, desde tiempo atrás, en numerosas universidades norteamericanas. “Se hallaba, pues, lanzado el hispano-americanismo y octubre 12 era nuestro día” (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1234).

La aparición de un movimiento latinoamericano suscitó, en Horacio Blanco-Fombona, dominicano y hermano del poeta Rufino del mismo apellido, y en Gabriela Mistral (1889-1957),<sup>4</sup> el deseo de venir a México (Vasconce-

<sup>4</sup> Pseudónimo de Lucila Godoy Alcayaga.

los, 1957, *ED*, p. 1325). Volver a las raíces hispanas no suponía buscar la raza española pura, pues España es país mestizo por la mezcla racial de árabes, celtas, éuscaros, fenicios, iberos, godos, griegos, moros y romanos. El mestizaje español facilitó a los españoles aceptar al indígena mexicano y al negro.

La inspiración para la enseñanza de los indios nos vino, como era natural, de la tradición española. Por haberla negado, olvidado, nada logró la República en su siglo de vida independiente... Los educadores españoles, desde antes de que apareciera la etnología, por intuición genial y también por experiencia, habían abandonado después de ensayarlo, el sistema de aplicar a los indios métodos especiales y ubicación escolar separada. Y en lugar de la separación escolar establecieron la fusión de las castas en la escuela y el culto. De esa fusión ha resultado la homogeneidad de nuestra raza nacional, la relativa cohesión de las castas (1957, *ED*, pp. 1328-1329).

No por eso Vasconcelos desconocía ni ocultaba las debilidades en la cultura mexicana, como lo manifestaba abiertamente en las siguientes líneas:

*El día que estos pueblos hispánicos gasten más en maestros y menos en soldados, comenzaremos a salir de nuestra decadencia. Me entristece la historia de España, en la Península y en el Nuevo Mundo... Acabo de ver una placa que recuerda el lugar en que estuvo preso Cervantes; tal es el ritmo de nuestra historia; en la cárcel, el genio, y en el poder; los imbéciles... Al contrario, Inglaterra otorga el poder al genio; por eso derrotó la invencible; por eso también los anglosajones nos han quitado el dominio del mundo, nos han hecho en América esclavos y a España pretenden portugalizarla... [subrayado en el original] (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1547).*

La servicialidad del ser humano sería el medio para realizar esta labor. Vasconcelos dice a este propósito:

[...] no hay inconveniente en decir que el hombre-tipo de nuestra época en materia de moral no es, como ha sólido serlo, ni el audaz que gane el mando, ni el inteligente con egoísta habilidad, sino *el más capaz de servir* [subrayado nuestro], por más dispuesto que se halle a renunciar a las propias conveniencias pequeñas (1958, *DRO*, p. 1557).

Los positivistas se propusieron formar al yanqui del sur del Río Bravo, hombre fuerte, sano y seguro de sí mismo, capaz de manipular el ambiente social y económico para satisfacer sus intereses y alejado también de lucubraciones filosóficas y religiosas. Vasconcelos narra en las siguientes líneas un encuentro con este tipo de hombres:

Relata un alumno acomodado los ocios de la vacación en su hacienda de las cercanías: el palo de tinte ya casi no se corta, pero en cambio, aumentan los cultivos. La mano de obra

llega en barcos reclutada entre los “guachos” miserables de la meseta, mal alimentados, ignorantes; los vence el clima, los agobia la tarea; con el café y el plátano, reciben cada mañana el puño de quinina que les reprime la fiebre —a veces hay que darles de palos para que trabajen— asegura el joven propietario. Cuando escapan —añade otro— los cazan por la selva, los capturan y los ponen al cepo. No pueden dejar la finca, porque nunca acaban de cubrir sus adeudos con el patrón (1957, UC, p. 392).

Contra esta actitud, Vasconcelos opone las ideas de Caso:

Pero ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoleadora del positivismo. La doctrina de la selección natural, aplicada a la sociedad, comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. La cultura y el talento de Caso, aplicados a la enseñanza, evitaban, asimismo el retorno al vacío liberalismo de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cual político-militante (1957, UC, pp. 605-606).

Por eso Vasconcelos declaraba a *El Demócrata*, octubre 11 de 1920

El fin capital de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y *de emplear su energía sobrante en el bien de los demás* [subrayado nuestro]. Va a ser necesario mover el espíritu público, y animarlo de un ardor evangélico semejante al que llevaba a los misioneros por todas las regiones del mundo a propagar la fe.

No era fácil encontrar ese tipo de hombre, capaz de entrega personal al servicio de los demás. Por eso Vasconcelos comentaba más adelante:

El genio ha de tallarse como el granito. Duro para sí propio en primer término, y para los demás, exigente en la medida necesaria a la tarea. Las circunstancias, los intereses, todo ha de ser medio en la conquista de lo que debe ser, sobre lo que es... Para lo finito no hay más que un recurso; dejar de ser “sí mismo” y devenir hacia lo infinito (1957, UC, p. 546).

El ejemplo de los misioneros, modelo del hombre servicial, nunca se apartaba de su mente. Tanto en sus obras de índole autobiográfica, como en las relativas a la educación y aun en otras de diverso género invocaba a aquellos egregios varones.

Se les podría tomar como modelo para el fomento de la civilización en cualquier región de tierra, y entre nosotros no creo que sea posible ni atinada una labor educativa que no tome en cuenta el sistema de los misioneros, sistema cuyos resultados no sólo no se han podido superar pero ni siquiera igualar (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1231).

Aun en los casos de explotación de la buena intención del misionero para otros fines, no puede negarse su buena fe y noble entrega al servicio. Vasconcelos se percataba de que era difícil revivir en nuestra época tal fervor. El maestro laico adolecía de varias limitaciones: la económica, pues debía, en muchos casos, sostener a su familia; se atendió a esta limitación con sueldos mejores que los del maestro urbano; la incompetencia del maestro rural en diversas artes se suplió con grupos heterogéneos, cuyos miembros eran capaces de enseñar diferentes actividades: labrar la tierra, forjar el hierro, curtir las pieles, etcétera. No contento Vasconcelos con aprovechar a los mejores maestros normalistas, apeló al sentido de nobleza de jóvenes hombres de letras que colaboraron en la magna obra emprendida. En una época de industrialismo, era preciso poner la técnica al servicio del espíritu. Esta había hecho avances tan rápidos y prodigiosos que era necio y absurdo negar su importancia en el desarrollo del país. Había, pues, que aprovecharla; mas sin perder de vista el objetivo primordial de la cultura; el servicio de los más altos valores del espíritu.

Vasconcelos comprendió el peligro del tecnicismo y trató de prevenirlo. Por eso, imprimió las obras de los clásicos para dar al pueblo una perspectiva humana, en vez de dejarlo que abrazara el tecnicismo. Estaba persuadido de que los valores de la conciencia eran de índole superior. La salvación de la humanidad dependía de someter el industrialismo al servicio del espíritu. Sus artículos intitolados: "Gigantasia y Chicago" (Vasconcelos, 1957, *PA*, pp. 168-181) versan sobre el avance tecnológico desprovisto de espíritu, la espeluznante desnudez de la eficiencia sin un móvil trascendente: "Se come, pues, en Nueva York, como se vive, por deber, un deber sin alegría que más bien se parece a una servil necesidad" (1957, *PA*, p. 151). Esta visión decadente y deshumanizada, descrita en tales artículos, contrasta con la impresión que le despertó la catedral de Santa Sofía, en Estambul.

Los profetas soñaron los muros gigantes del templo; el misticismo de Siria le dio un esplendor; los padres de la iglesia trabajaron la exégesis ¡y el templo levantado a la Santa Sabiduría es un himno a la síntesis. (Vasconcelos, 1957, *PA*, p. 187).

Finalmente, era preciso mexicanizar la ciencia y el saber. En el magnífico discurso de toma de posesión como rector, Vasconcelos recalcó esta imperiosa y urgente necesidad (junio de 1920).

Por eso no diré que nuestra universidad es muy buena y que debemos estar orgullosos de ella. He revisado, por ejemplo, los programas de nuestra universidad y he visto que aquí se enseña literatura francesa, con tragedia raciniana inclusive, y me hubiese envenado de ello si no fuese porque en el corazón traigo impreso el espectáculo de los niños abandonados en los barrios de todas nuestras ciudades, de todas nuestras aldeas, niños que el Estado debiera alimentar y educar reconociendo, al hacerlo, el deber más elemental de una verdadera civilización (1958, *CD*, pp. 772-773).

Y en seguida añade:

La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo (1958, *CD*, p. 773).

En estos párrafos elocuentes, Vasconcelos plantea el deber de la Universidad: “formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás” (1958, *CD*, p. 776).

Y la Universidad mexicanizó el saber por medio de los maestros honorarios, las misiones culturales, el acopio de datos sobre el estado del país, la impresión y distribución de los clásicos, la difusión del arte nacional y la música mexicana. Por eso Vasconcelos decía:

La Universidad ya hace tiempo que hizo su examen de conciencia, se sintió un poco inútil y ha salido por esos campos y esas calles un poco dudosa de si va a enseñar o si va a aprender, resuelta, a pesar de todo, a prodigar con ambas manos la poca semilla que hay en sus arcas, deseosa, por lo menos, de mostrarse servicial, si acaso no puede portarse sabia (1958, *CD*, p. 806).

Y más adelante:

Creadores de cosas nuevas y factores del porvenir: eso somos nosotros pese a todos los menguados que aún se empeñan en lanzar gritos de desaliento; creadores sois todos vosotros, porque yo os he visto luchar y vencer dentro de vosotros mismos, conquistando la fe la fe en la vida que es un tránsito glorioso; la fe en la raza que es un resplandor mágico de la corriente humana, la fe en la justicia, que lleva dos mil años de abrirse paso desde la humilde tierra de Galilea hasta los tiempos presentes, en que invade el mundo con nombres nuevos, pero no menos santos la fe en el ideal que se revela en el universo con eclosión de belleza (1958, *CD*, pp. 803-804).

*Teoría del conocimiento.* Antes de exponer la teoría del conocimiento de Vasconcelos, es menester describir brevemente el medio filosófico mexicano en que se desarrolló su pensamiento.

Los pensadores del Ateneo juzgaron que el problema básico de México era la falta de valores espirituales, y así trataron de introducirlos en la vida del país. Atacaron el positivismo como responsable de esta situación, por querer reemplazar, con las verdades de la ciencia experimental, los princi-

pios filosóficos. Vasconcelos no podía admitir semejante limitación. Su mente se rebelaba ante el positivismo. La filosofía para él debía explicar las necesidades trascendentales del espíritu y encontró en Bergson la forma de hacerlo. La intuición del filósofo francés era el arma para combatir el positivismo mexicano. Bergson (Copleston, 1980, 9, pp. 179-215) sostenía que la ciencia no podía alcanzar el verdadero carácter de la realidad última. El propósito de la ciencia era servir a las necesidades humanas. Por tanto, la filosofía debía valerse de otros medios. La intuición ofrecía el medio fundamental. Bergson preparó la entrada en México del existencialismo y el historicismo. Los escritos de José Ortega y Gasset (1883-1955) recibieron más tarde una calurosa acogida en el país.

La filosofía, según José Ortega y Gasset, no es una búsqueda de certeza sino de un punto de vista. Como éste refleja un clima determinado de opinión, la filosofía se convierte en un problema de contexto, la manifestación de una cultura particular. La consecuencia es lo que Vasconcelos predicaba en sus días: los mexicanos deben ver el mundo desde el punto de vista mexicano (Romanell, 1954, pp. 39-42; Díaz Lombardo, 1973, pp. 220-231).

La intuición es un proceso por el cual la totalidad se sintetiza. La base epistemológica del sistema filosófico de Vasconcelos se encuentra en su noción de síntesis. Concibe el conocimiento humano en términos hegelianos: un todo orgánico que crece gradualmente en cada parte y no es perfecto en ninguna hasta que el todo es perfecto. El mundo está unido en un inmenso todo relacionado. La razón no puede explicar que las relaciones de los conceptos generales sólo se refieran al reino de lo homogéneo. La razón se apoya en la abstracción y ésta a su vez mata la realidad. En cambio, la síntesis le da vida y aumenta la potencialidad de lo real. La síntesis no consiste sólo en juntar dos conceptos. El juntar es unir una cosa con otra de algo que es homogéneo. En cambio, el proceso de la síntesis es la conexión, en un gran todo orgánico, de lo homogéneo con lo heterogéneo. Hay dos mundos en nuestra comprensión de las cosas: el poético y el científico.

La tarea de la filosofía, según Vasconcelos, es unir ambos en una forma sintética superior. La síntesis intelectual requiere un impulso místico, una aprehensión del todo para lograr la unidad. La síntesis poética es diferente de la racional. De hecho, ésta no es propiamente hablando una síntesis, pues el racionalismo conduce inevitablemente a la abstracción y a una falsa representación de la realidad. La teoría del conocimiento de Vasconcelos implica otros aspectos de índole más sutil que no vienen al caso. Lo importante es aceptar que la intuición  $\frac{3}{4}$  la síntesis que totaliza a la realidad  $\frac{3}{4}$  es la forma de conocimiento superior que pone al hombre en posesión de la realidad.

*La teoría educativa.* Como se ha dicho en otra parte, la teoría educativa no es explicativa, a diferencia de la científica, que da razón de algún

fenómeno. La teoría educativa es normativa de lo que debe ser y se asemeja a las teorías en ética y política. La teoría educativa fija unos objetivos que, considera dignos y asigna los medios adecuados para alcanzarlos. Comprende, por tanto, el perfil del educando y los medios para lograr tal objetivo.

Vasconcelos propone como tipo del educando a Odiseo. Un tipo de hombre al cual se enseñó a vencer la realidad en todos los órdenes, más que impulsarlo a someterse a ella (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1510).

Viajero que explora y actúa, descubre y crea, no sólo con las manos, y nunca con sólo las manos, porque ni quiere ni puede deshacerse del bagaje que le ensancha el alma, el ingenio y los tesoros de una cultura milenaria... Odiseo de nuestro siglo, fácil le será sobrepasar al Odiseo homérico por la extensión de su saber... Y hacia un nuevo Odiseo debe tender la ambición viril de la época (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1528).

No admite “mirar al niño como un eterno infante. Lo que interesa en el niño es un contenido, o sea, el embrión del hombre. Lo más delicado en el niño es el desarrollo...” (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1534).

Y en otra parte dice lo siguiente:

[...] y solamente los pueblos civilizados procuran formar buenos ciudadanos, es decir, hombres y mujeres libres, capaces de juzgar la vida desde un punto de vista propio, de producir su sustento, y de forjar la sociedad de tal manera que todo hombre de trabajo esté en condiciones de conquistar una cómoda manera de vivir. Este es el tipo de hombre que tratamos de crear en México, y éste ha sido el propósito de nuestra reforma educacional (Vasconcelos, 1958, *CD*, p. 857).

Vasconcelos reconoce los graves defectos de nuestro pueblo: la tendencia al ocio estéril, nuestra enervante inactividad, nuestra tradicional pereza (BU, 1921, *Epoca IV*, 2 (No. 4), p. 369) y acomete, con la educación, la noble tarea de redimirlo de tales lacras.

Queda, pues, descrito suficientemente el tipo del educando Vasconcelos sugiere los siguientes medios para alcanzarlo (Ivie, 1965, p. 41):

- 1) Incorporar los principios de la Revolución en la educación. La educación debía dejar de ser prerrogativa de un grupo selecto; de ahora en adelante sería del pueblo; habría escuela para todos, hijos de campesinos y de obreros, indígenas, mestizos y criollos. Y así fue. Se crearon los maestros ambulantes para llevar a lo escondido de la selva el tesoro de la civilización. Cuando éstos resultaron insuficientes, se iniciaron las misiones culturales y en las ciudades se establecieron escuelas técnicas, industriales y comerciales.

Vasconcelos no olvidaba otra de las grandes metas de la Revolución: la equitativa distribución de la riqueza.

Y no vacilo en afirmar que la base de nuestro sistema educacional reside en una mejor distribución de la propiedad y de los productos del trabajo. Una resolución justa del problema económico es el primer paso de la reforma educativa (1958, *CD*, p. 860).

- 2) Transformar los métodos educativos, asignando al maestro la tarea de ser el centro de la renovación cultural, y vincular la escuela con la vida, para promover el desarrollo pleno de la comunidad. Y así surgieron las Casas del Pueblo y los Centros Comunitarios, encargados de difundir la cultura en todos sus aspectos, comenzando por la higiene. El papel que los padres desarrollan con los hijos, lo desarrollaría el maestro entre los indígenas y entre las clases marginadas de las grandes ciudades: preparar a los individuos para ser miembros de la sociedad, es decir, socializarlos, como proceso de adquirir actitudes, hábitos, normas (Cronbach, 1977, pp. 4145). En esta labor, ocupaba un papel decisivo el verdadero maestro, a quien Vasconcelos describía con entusiasmo.

[...] afirmamos que es legítimamente maestro el que trata de aprender y se empeña en mejorarse a si mismo. Maestros son quienes se apresuran a dar sin reserva un buen consejo, el secreto recóndito, cuya conquista acaso ha costado dolor y esfuerzo. Uno que ya pasó por distintas pruebas y no ha perdido la esperanza de escalar los cielos, eso es un maestro (Vasconcelos, 1958, *CD*, p. 807)

El maestro (Blanco, 1977, p. 103) debía ser un artista: su campo de acción era la educación de la sensibilidad (en esta ocasión ética); sus ejemplos o modelos de educadores, los legendarios artistas de la educación... se debía educar para la aventura, no para la adaptación al ambiente. Y el método era la seducción, la fascinación que el maestro lograría en el alumno. Y como el cuadro era el texto del artista, el maestro debía constituirse en un texto viviente: en un ejemplo que enseña con la conducta;<sup>5</sup> sus mejores instrumentos serían sus cualidades personales.

Vasconcelos menciona al jardinero que endereza la planta y la poda, para explicar el papel del maestro en el desarrollo del niño. La función del maestro, como la del jardinero hábil, es cultivar el pequeño organismo y protegerlo de todo mal. Pero el niño, a diferencia de la planta, tiene alma. El maestro debe prestar atención particular a esta pequeña alma. No es suficiente educar para alimentar el alma, es necesario planear su desarrollo de acuerdo con la estructura que conduce a la unidad (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1715). Un medio importante es la disciplina. Para Vasconcelos la

<sup>5</sup> Nótese que Vasconcelos no recomienda el ascendiente personal del maestro como factor educativo que podría hacer al discípulo dependiente de aquél.

libertad y tolerancia de la educación progresista es repulsiva y ridícula. La actitud tolerante está basada en un concepto de la naturaleza humana heredado de Rousseau, cuya doctrina es contraria a los postulados básicos de la realidad. El hombre tiene una naturaleza desordenada y es lógico que uno de los primeros principios de la educación deba ser romper el hábito animal de la flojera en el niño. Para conseguirlo, el castigo se hace necesario. De hecho, el castigo es tanto una parte de la educación como lo es un libro. Una escuela que concede al niño completa libertad encontrará al fin que el niño golpea al maestro (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1500). No quería que se llamara nueva la educación: “Llamémosla eficaz. Nuevo nada quiere decir en materia de calidad; nuevo fue el siglo XVIII para quienes lo vivieron, nuevo es cada momento del mundo para quien lo ve asomar” (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1501).

Y en otro lugar:

Adaptar la enseñanza a un concepto dado de vida es el objeto de la pedagogía. Y a esta definición no escapan los llamados pedagogos nuevos, puesto que ya implica una tesis, por cierto inexacta, suponer que el niño es plasma inocente o tabla rasa en que por sí misma ha de escribir cada quien su propia definición (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1506).

3) Difundir el folklore con el propósito de despertar la identidad nacional. Había que favorecer por todos los medios el conocimiento de las costumbres de las diversas regiones del país a fin de facilitar al pueblo la tarea de asimilar los valores. Vasconcelos puso el ejemplo en un festival escolar, como lo indican dos relatos sobre el mismo, separadas por el intervalo de un año. El primero lo publicó *El Demócrata* (mayo 16 de 1919) un año antes de la creación de la SEP.

Los profesores y alumnos de la Escuela Fray Servando Teresa de Mier se dieron cita para festejar al maestro y la llegada de la primavera, época calurosa en la capital. Al describir la fiesta, el diario intenta hacerla aparecer elegante, pero resulta cursi: “Notábase en el ambiente, cuando la fiesta iba a empezar, un deseo de divertimento arropado en una crítica amable.” La banda de la policía ejecutó magistralmente una obertura y, en seguida, un coro de niñas de tercer año, ataviadas con primorosos trajes color blanco y violeta, entonó una canción de *la zarzuela* “Las violeteras”, tal como si se tratara de una fiesta española. Luego se efectuó un acto simbólico: la madre naturaleza, representada por una hermosa joven rubia, Enriqueta Azuara, “cual muñeca de sol en primavera”, llamaba desde lo alto de su trono, a las estaciones del año, a rendirle tributo a ella. El estío, representado por un grupo de segadoras vestidas de aldeanas españolas y tocadas con blancas cofias que les cubrían la cabeza, llegó el primero. Las segadoras empuñaban en la diestra una hoz. Desfilaron después alumnas ataviadas a la usanza española, como si

fuera fiesta de este país, quienes representaban al otoño y el invierno. A este acto siguió el baile del “Danubio Azul”, a cargo de señoritas que agitaban gasas y entonaban luego un canto a la primavera. La banda de policía tocó otra pieza de fin de fiesta.

Un año después, la Dirección de Cultura Estética de la SEP organizó, en el Bosque de Chapultepec, un festival, con la presencia del presidente Obregón y el secretario Vasconcelos. La obertura “La primavera”, ejecutada por la banda de gendarmería, abrió el acto; pero el estilo del resto del programa fue completamente distinto. Un coro de 1 500 niños de las escuelas Lerdo de Tejada, Ignacio Vallarta, El Pensador Mexicano y la Corregidora entonó, acompañado por la banda de gendarmería, la canción mexicana “La pajarera”, de Castro Padilla. Luego, los estudiantes del Colegio Mexicano ejecutaron una tabla de ejercicios gimnásticos. El tercer número estuvo a cargo de la artista mexicana Fanny Anitúa, quien cantó “La tehuana”, de Castro Padilla; “Estrellita”, de Manuel M. Ponce; “La golondrina”; “La pajarera”, y el Himno Nacional. Los niños del Colegio Mexicano cerraron la fiesta con el baile del Jarabe Tapatío (*El Demócrata*, mayo 16 de 1920). Era obvio que los valores autóctonos habían reemplazado totalmente en esta fiesta a los de la obra del año anterior.

- 4) Impulsar el desarrollo del arte, como lo hizo Vasconcelos con el muralismo, la escultura y la música, y no sólo encomendárselo a artistas mexicanos, sino introducir temas autóctonos.
- 5) Promover la gimnasia y el deporte, cuyo sistemático cultivo en gran escala y con competencias interescolares había estado ausente de la educación oficial, para despertar en el público el sentido de nacionalidad.

## 5. ANÁLISIS DE LA TENDENCIA EDUCATIVA DE VASCONCELOS

Una vez presentada la tendencia educativa de Vasconcelos, es menester considerar la solidez de cada uno de sus presupuestos y su trabazón lógica, a fin de determinar si constituye una filosofía educativa en consonancia con las necesidades del país.

Al tratar la naturaleza de las filosofías educativas es preciso examinar los presupuestos en los cuales fundan su validez. Las filosofías educativas no quedan en pie o caen por la sola evidencia empírica, crucial en una teoría científica. Hay otras formas de invalidarlas. Toda filosofía educativa se apoya en presupuestos sobre la cosmovisión, la naturaleza humana, los valores, la teoría del conocimiento y la teoría educativa. Si alguno de aquéllos resulta falso o no encaja con los demás, esa filosofía educativa será inadmisibile.

El pluralismo del universo en Vasconcelos no aparecía con claridad. Recordaba más un monismo espiritualista cercano a Plotino por las afirmaciones de que la materia era espíritu degradado y estaba bañada por éste

(Sánchez Villaseñor, 1939, p. 48). En tal caso, no habría verdadero pluralismo sino un monismo con distintos grados del mismo ser. Sin embargo, otros pasajes de sus obras hablan del espíritu en otra forma. Por lo menos, existe una vaguedad impropia de un filósofo de la educación. El pluralismo supone diferencia esencial entre los distintos grados del ser.

La visión vasconceliana del hombre presenta semejanza con la doctrina de San Agustín (1959, *ET*, pp. 832-834). Establece una naturaleza humana neutra e interactiva. El hombre es una criatura limitada y compuesta de dos principios que lo ponen en tensión. No es totalmente bueno —necesita de la guía y orientación de los padres y el profesor ni tampoco esencialmente malo, pues puede educársele adecuadamente. Admite la tendencia del hombre al desorden y reconoce que puede enderezársela para conseguir los objetivos propuestos. La orientación del maestro basta para corregir al niño y conducirlo por los senderos del bien.

En el conjunto de valores no se requiere buscar presupuestos sino sólo examinar su adecuación y oportunidad. Más que en los elementos anteriores, Vasconcelos dio, en este punto, un viraje de 180°. Los valores dan origen a distintas filosofías de la educación por las diversas formas de concebir la vida y también por los diferentes modos de adaptarse a las circunstancias que rodean la educación. México estaba urgido sobre todo de encontrar su propia identidad. La nación se había debatido hasta 1920 entre dos corrientes igualmente poderosas que trataban de absorberla: la americano-europeizante (liberal) y la hispanizante (conservadora). Vasconcelos introdujo la síntesis: la identidad de México estriba en el mestizaje. México no es ni una copia barata de Francia, ni tampoco una mala copia de Norteamérica. El mestizaje hunde sus raíces, de una parte, en los elementos de la hispanidad —idioma español y religión católica— y de otra, en los del indigenismo. Con Vasconcelos cesará la búsqueda. México llega al encuentro definitivo consigo mismo. Para realizar la síntesis en que Vasconcelos sueña, se requiere un consejo educativo cultural que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual del pueblo (Vasconcelos, [1924], p. ix). Tal fue el sentido de la SEP, innovación más que mera restauración de la SIPBA. La SEP asumió el papel de definidora de la cultura, y no sólo de las ramas profesionales (1958, *DRO*, p. 1531). Vasconcelos cifraba la independencia de la nación no en el poderío bélico sino en su identidad.

Si queremos algún margen de independencia nacional, será menester que nuestra escuela también revele la singularidad que se deriva de nuestras condiciones especiales en el planeta (1958. *DRO*, p. 1531).

Es decir, México necesitaba una escuela mexicana enteramente de acuerdo a las necesidades de la población. México poseía una idiosincrasia a la cual debía supeditarse la escuela, y la tarea primordial de ésta era integrar los distintos elementos de la población.

Llamamos a este sistema de *incorporación*, en vez del de *asimilación* que practican los norteamericanos, y lo defendemos celosamente como más humano y ventajoso desde todo punto de vista [...] En aquellos raros casos en que el indio no conoce el idioma español, comenzamos *enseñándose* [...] (1958, *DRO*, p. 1605) [subrayado en el original].

Vasconcelos tenía razón. Una nación no podía llegar a la madurez, como tampoco un individuo, por la negación o desconocimiento de su pasado, como si éste fuera un elemento extraño, un aerolito caído del espacio, en vez de un roca, producto de la erosión en el paisaje. El gran acierto de Vasconcelos fue, al encontrar una patria escindida y titubeante entre el anglosajonismo y el afrancesamiento, obligarla, con la firmeza de un experto timonel, a enderezar el rumbo: identificar sus raíces y aceptarlas.

Promover la servicialidad era un valor que respondía a la apremiante necesidad de la nación. México requería hombres dotados de una actitud servicial, deseosos de que su patria pudiera superar la postración de tantos años de atraso y ocupar, con dignidad, su lugar en el concierto de las naciones.

La industrialización era un valor instrumental. México no podía dar la espalda a este movimiento que buscaba la forma de hacer la vida más placentera y extender los bienes útiles al mayor número de seres humanos. La técnica debería quedar uncida a los valores del espíritu.

Por último, Vasconcelos, congruente con la identidad nacional recientemente descubierta, propone mexicanizar la ciencia y la tecnología y nacionalizar el saber. Es la misma melodía en otra clave. Vasconcelos exige a la Universidad acercarse a la realidad nacional, y él le facilita este acercamiento por medio de los maestros ambulantes, la campaña en pro del libro y la cruzada contra el analfabetismo. Cuida también del desarrollo de la lengua, instrumento esencial de la comunicación (1957, *ED*, p. 1287).

La teoría del conocimiento es el elemento más débil de su tendencia educativa. La enemistad que Vasconcelos profesaba al racionalismo lo llevó al extremo de menguar el papel tan importante de la razón en la vida humana. El no quería conceptos, meras instantáneas estáticas, privadas de toda vida. Su conocimiento trataba de ser una intuición bañada por la emoción y parecida a la bergsoniana: una especie de empatía intelectual por la cual nos transportamos al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único e intraducible (Sánchez Villaseñor, 1939, p. 49).

El racionalismo es una exageración. Sin embargo, tampoco puede descartarse la razón como el instrumento más importante para conocernos a nosotros mismos y el mundo. La solución está en señalarle los límites debidos y fijar las condiciones del conocimiento válido.

El perfil del educando en la teoría educativa era adecuado para México. Vasconcelos buscaba un hombre emprendedor, versátil, mezcla de las cualidades del anglosajón y también del latino; un hombre vencedor de la realidad en todos los órdenes, en vez de someterse a ella (1958, *DRO*, p.

1510), heredero de innumerables conocimientos; semejante a Odiseo, que sabe, porque sus abuelos sabían (1958, *DRO*, p. 1526); viajero que explora y actúa, descubre y produce no sólo con las manos y nunca con sólo las manos (1958, *DRO*, p. 1528). Vasconcelos proponía este ideal a todos los mexicanos. ¿No podía tildarse de utópico este objetivo? El objetivo rebasaba ciertamente los medios. Fuera de la creación de la SEP —medio necesario para atender a la educación— no se señalaban otros específicos para lograr ese tipo de hombre. Esta deficiencia es común a casi todas las teorías.

Vasconcelos es más coherente en los medios educativos genéricos. La fundación de la SEP con sus tres ramas —la escolar, la de difusión y la de bellas artes— respondía a las necesidades del país. La organización de la rama escolar con la campaña contra el analfabetismo, los maestros rurales —sustituídos más adelante por las misiones culturales—, la atención a la educación tecnológica, la higiene, la alimentación y el deporte, eran medios necesarios para integrar a obreros y campesinos a la nación. Vasconcelos no se preocupó por la clase media. Pensaba que ésta tendría los elementos indispensables para bastarse a sí misma. Por el contrario, urgía integrar a las otras dos terceras partes de la población. Sin embargo, los medios adolecían de ser demasiado generales. No se encontró una indicación sobre *el modo* [subrayado en el original] de conseguir ese tipo de educación.

Respecto a la metodología, fueron elementos negativos el descuido de la pedagogía y del análisis, y la prisa con que se tomaron algunas decisiones. Vasconcelos creía que era suficiente el conocimiento de una asignatura para enseñarla, y que al alumno le bastaba el deseo de saber para aprenderla, creencia errónea que hizo fracasar la cruzada contra el analfabetismo, pues muchos profesores participantes en la misma no eran genuinos maestros. A la campaña de difusión de los libros le faltó revisar los textos, llenos todavía de ideas ajenas a los ideales revolucionarios. El plan de educación de los indígenas requería los servicios de un antropólogo experto, cuya asesoría habría indicado estrategias más eficaces para integrar a los indígenas.

A pesar de estos aspectos flojos, el avance de la educación fue formidable. En la enseñanza urbana se introdujo la secundaria para vincular la primaria con la preparatoria, se elevaron los sueldos de los profesores, apremiante necesidad tanto tiempo descuidada y de la cual dependía el progreso de la educación nacional y, sobre todo, se inyectó una gran dosis de entusiasmo al personal de la SEP.

## 6. LA TENDENCIA EDUCATIVA DEL RÉGIMEN DE CALLES

En vez de continuar con la filosofía de la educación introducida por Vasconcelos, el régimen de Calles optó por implantar la suya propia, cuando aquélla no había rendido todos sus frutos.

La tendencia educativa del régimen de Calles se debió más a Moisés Sáenz que al mismo Calles o a Puig, si bien no puede negarse que éstos proporcionaron algunos elementos a Sáenz, quien se inspiró en John Dewey, su maestro en la Universidad de Columbia (Nueva York).

*La cosmovisión* es pluralista. Sáenz reconocía por su protestantismo la existencia del espíritu y, por tanto, del pluralismo en el universo. Con todo, nunca hizo mucho hincapié en esta concepción. Puig (1928, pp. 288, 290-291) menciona la palabra espíritu en ciertos contextos donde no puede entenderse más que en el sentido de una realidad distinta de la materia.

*Visión del hombre.* La visión del hombre se parece a la roussoniana: el hombre es bueno, activo y libre; está dotado de inteligencia que le permite aprender y modificar el ambiente. El influjo de Dewey en Sáenz predomina sobre el de Rousseau. El hombre es un ser útil, industrioso y capaz de bastarse a sí mismo. La inteligencia se encuentra repartida por igual entre los hombres, pero las diferencias sociales introducen la desigualdad. El hombre es capaz de cambiar internamente mediante la adquisición de nuevas experiencias y, también, de producir cambios en la sociedad. El hombre es más individuo práctico con voluntad y acción que teórico y pensante. El intelecto se le da no tanto para investigar y conocer la verdad, sino para orientarse en la realidad. La verdad en el pensamiento importa en la medida en que puede resultar útil y provechosa. Puig (1928) considera al hombre formado de cuerpo y espíritu. Afirma la igualdad de todos los seres humanos y admite que el hombre es bueno, activo y libre (1928, “passim”).

*Visión de la sociedad.* El hombre es una criatura social que debe integrarse en una sociedad. El individualismo es para Sáenz un defecto que amenaza la naturaleza social del hombre y abre profundas grietas en la sociedad mexicana. “México es un país de muchas razas, de muchos climas y muchas opiniones. Es también tierra de castas y de órdenes sociales diversos” (Sáenz, 1970, p. 5). La solución a las diferencias entre los mexicanos es integrarlos mediante la acción de la escuela. Las diferencias entre los grupos étnicos pueden salvarse por la integración de éstos al conjunto de la sociedad. Lo mismo afirma Puig (1928, pp. 239, 241), quien cita a Rabasa en este sentido (Puig, 1928, p. 240).

La escuela puede enseñar a los campesinos. Les crea, además, un espíritu rural a fin de impedir que emigren a los centros urbanos. Al enseñarlos a vivir en su comunidad, los ayuda a desarrollarla. Sáenz opinaba que las comunidades rurales podían suprimir, o al menos atenuar, las grandes diferencias existentes entre las clases sociales (Sáenz, 1970, p. xiii). La integración de la sociedad mexicana se lograría a través de la escuela rural. Esta debería ser el centro de las actividades de la comunidad. “En estas escuelas”, escribía, “nunca se sabe dónde termina la escuela y dónde principia el pueblo. Ni dónde acaba la vida del pueblo y comienza la escolar, porque volviendo por su fuero primitivo de agencia

social real, esta escuela es una con la comunidad” (Puig, 1928, pp. xv-xvi: Sierra, 1973, p. 102). El propósito principal de la escuela rural era formar el espíritu rural de México. El régimen porfirista había alterado la relación del hombre con el suelo: la población campesina, poseedora de una parcela antes del porfirismo, se convirtió en grupo de peones, con cuyo trabajo prosperaban las haciendas. Con estos antecedentes, Sáenz consideraba necesario arraigar a los campesinos a la tierra y transformarlos de peones a campesinos. Los indígenas debían aprender a sustituir los rasgos de su carácter social: sumisos, carentes de iniciativa y dependientes. “Hacer del peón un campesino es el propósito de nuestra escuela rural” (Sáenz, 1970, p. 15).

El individualismo del mexicano, resultado de la diversidad de tipos raciales, del aislamiento material y espiritual de las comunidades, y de la mezcla de las culturas indígenas con la latina, engendra “la atomización de la conciencia de un grupo”. Es, en una palabra, la fuerza que se opone al proceso de integración nacional (Sáenz, 1970, p. 6).

*Teoría del conocimiento.* En la teoría del conocimiento <sup>3</sup>/<sub>4</sub>Puig no habla de ella <sup>3</sup>/<sub>4</sub> Sáenz sigue a su maestro Dewey. Combina el anticartesianismo de Charles S. Peirce (1839-1914) con el énfasis de William James (1842-1910) sobre la adquisición del conocimiento como proceso activo y exploratorio, más que como contemplación pasiva, premisa presente en gran parte del pragmatismo. Los instrumentos conceptuales del pensamiento son construcciones humanas, no entidades platónicas independientes. Además, Dewey insistía en el carácter social del conocimiento, doctrina propia de Peirce. Es menester distinguir entre las teorías pragmatistas, en general, la teoría del conocimiento de Dewey. El prefirió la designación de instrumentalista. Sin embargo, ésta no es del todo satisfactoria, porque se concentra demasiado en una parte del todo. Quizá se le caracterice mejor en términos negativos como antintelectualismo. Se le puede distinguir claramente con la enumeración de los cuatro puntos de mayor contacto con la tradición cartesiana y discrepancia respecto de ésta.

Según Dewey, todas nuestras creencias son falibles y, por tanto, sujetas a corrección, a diferencia de los cartesianos, quienes basan todo conocimiento en creencias absolutamente ciertas, en elementos de un conocimiento intuitivo de alguna manera evidentes por sí mismos. Por tanto, la tarea de la epistemología no es dar cuenta de un conocimiento seguro y certificado, sino más bien de una creencia racional y garantizada. Dewey se considera a sí mismo como un teórico de la adquisición más que del conocimiento.

El conocedor antintelectualista o investigador es quien prosigue una creencia racional y garantizada; es un ser activo y un experimentador, no un teórico contemplativo.

Nuestras creencias en el mundo en el que vivimos y actuamos no son el resultado de una especie de iluminación, recibida pasivamente y elaborada después, y sistematizada en los oscuros rincones de nuestra mente.

Proviene de una interacción deliberada y experimental con nuestro ambiente. El sujeto poseedor del conocimiento o creencia garantizada no es, según el intelectualismo, una mente consciente, descarnada, un ser pensante, sino un organismo inteligente, animado por propósitos primariamente corporales y el cual forma sus creencias sobre el mundo que lo rodea, por interacción corporal y física. La manipulación de las cosas es tan crucial en la formación de creencias racionales como la inspección descarnada.

El antintelectualista considera la búsqueda de la creencia racional como empresa esencialmente social, en contraste con el aislamiento subjetivo del conocedor cartesiano. El conocimiento o la creencia racional es un producto social, una acumulación de la propiedad intelectual común. En una palabra, el intelectualista considera el conocimiento como algo absolutamente cierto, contemplado por una mente encarnada contingentemente.

El antintelectualismo busca una creencia racional y falible, lograda activamente, construida con la ayuda de instrumentos conceptuales de designio humano por un organismo inteligente, encarnado, parte natural del mundo que busca conocer. Un pensador científico e inductivo aprende a resolver problemas por ensayo y error. Su aprendizaje, basado en su experiencia, es un proceso de “reconstrucción”, en el cual reflexiona sobre cada experiencia para colocarla en su percepción mental total, dándole significado y, por tanto, ganando control sobre ella para su vida futura (Quinton, 1977, pp. 1-17).

*Conjunto de valores.* Puig (1928, p. 260) decía que “la educación debe tener valores precisos” y que el meramente “instructivo o informativo” no era el más importante. Puig atendía al “utilitario o práctico”, al “disciplinario” y al “socializante de la cultura”. El “utilitario” se conseguiría con la agricultura y las aplicaciones industriales de las escuelas rurales; el “disciplinario”, por la acción constante del maestro sobre el niño, sobre sus deberes y obligaciones mutuas. Finalmente, el “valor socializante de la cultura” (fruto de las misiones culturales) consistiría en la formación de una actitud de participación en otros valores, como los mencionados por Puig en el Código de Moralidad (1928, p. 292): dominio propio, bondad, seguridad en sí mismo, veracidad, cooperación, lealtad. Los valores de la filosofía educativa de Sáenz son los siguientes:

- 1) Integrar todos los elementos y todas las fuerzas, tanto en lo material como en lo espiritual, al servicio de lo humano, para construir una patria de hombres libres; 2) resolver el caos etnológico y acelerar la fusión, no sólo biológica sino espiritual, de la raza; incorporar al indio a la familia mexicana e incorporar a México a la familia indígena. Este es el mestizaje biológico y cultural, ya que el mestizo es quien participa, étnica, cultural y económicamente de las dos razas y civilizaciones que dominan el país; 3) reinterpretar la cultura, es decir, formar un alma mestiza en la que fluyan lo indio y lo español; 4) establecer el español como idioma común y base de la comunicación indispensable para la nacionalidad; 5) lograr una estructura económica apta para satisfacer necesidades primordiales de la vida, ya

que el alma no adelanta con el estómago vacío y los ideales no se elevan sin salud física; 6) hacer desaparecer a los explotadores y explotados; instituir una sociedad sin clases; acabando así con los reaccionarios y con la arremetida de los radicales; 7) despertar a las masas, rehabilitarlas, redimirlas, y, luego, organizarlas dentro de la nación con un criterio igualitario y democrático; 8) lograr la independencia  $\frac{3}{4}$ no aislamiento— de México con la fuerza suficiente para participar en el concierto de la civilización, independencia que dará por resultado una vigorosa cultura, escudo contra los imperialismos de todo orden; 9) destruir las mentiras de nuestra historia y oír a los contrarios, para evitar cualquier dogmatismo y dictaduras (Saénz, 1970, pp. 38-39). Tales valores se refieren principalmente al problema indígena.

Saénz sabía perfectamente que, mientras no se lograra la integración de los habitantes de la nación, no podría pensarse en otra cosa. Los valores tenían ciertamente en cuenta las necesidades básicas de México. Podría discutirse su jerarquía; pero no faltaban los esenciales, como desarraigar la injusticia social, dotar de tierra al indio, etcétera. Estos están, de cierta guisa, contenidos en cuatro valores que señala en otra parte (Saénz, 1970, p. xli): 1) conservar la vida y la buena salud; 2) alcanzar el dominio del medio físico rural; 3) mejorar y elevar la vida doméstica; 4) practicar las actividades creadoras, fuente de gozo y de contentamiento. O bien: cómo conservar la vida; cómo ganársela; cómo conformar la familia; y cómo gozar de la vida.

*La teoría educativa*, a diferencia de la teoría científica  $\frac{3}{4}$ explicativa por su naturaleza—, es normativa. Propone el perfil del educando y señala los medios para conseguirlo. El propósito de la teoría educativa de Puig y Saénz es formar a un hombre que se baste a sí mismo, industrioso, económicamente autónomo y leal a su pueblo. Este perfil se refiere principalmente a los indígenas, a los cuales pretende integrar a la nacionalidad mexicana (Calles, 1925. En: *México a través de los informes presidenciales*, 1976, p. 170).

Los medios propuestos por Saénz se reducen prácticamente a la escuela, realizada en la Casa del Pueblo, las centrales agrícolas y las normales campesinas. Saénz es partidario de crear escuelas especiales para indígenas sin que éstas impliquen segregarlos o discriminarlos. La Casa del Pueblo es una institución que satisfará cuatro necesidades indígenas: conservación de la salud y la vida; dominio del medio físico rural; elevación del nivel de vida; y recreación. En la escuela rural o Casa del Pueblo es donde se ilustran y discuten todos los problemas de la comunidad y se labora para resolverlos. La Casa del Pueblo trabaja para el presente más que para el futuro. Es un instrumento de la hora presente. La organización de las masas campesinas y su reivindicación imponen a la escuela rural el subrayar el aspecto sociológico de la función educativa antes que el pedagógico y formal (Saénz, 1939, p. 147).

Sáenz señala el siguiente papel a las escuelas: 1) enseñar español a los millones de indios que no lo hablan o apenas lo entienden. Esta enseñanza se hará especialmente con la transmisión de los conceptos indispensables para su propia vida; 2) formar la comunicación material y espiritual, comenzando con la primera, base de la unidad física que a su vez facilitará la integración espiritual; 3) enseñar los instrumentos básicos de la vida civilizada: leer y escribir, pero de modo funcional, es decir, en relación íntima con la vida real del indígena; 4) conservar la tradición artística, haciendo del arte inconsciente uno consciente; 5) socializar a los adultos con la división de las labores, de tal suerte que las responsabilidades y beneficios se compartan, es decir, enseñar a trabajar en colaboración, estableciendo un equilibrio entre el grupo y el individuo y entre la comunidad y la nación; 6) buscar, por medio de la educación política, la forma de cambiar los moldes para establecer una nueva vida y organización política y económica que sienta los antecedentes de la vida democrática de la nación (Sáenz, 1970, pp. 44-47; Calles, *BSEP*, 1925, 3 (No. 8) (enero-marzo), p. 7; *BSEP*, 1925, 4 (Nos. 4 y 6) (julio-septiembre), p. 236).

En forma hábil y sutil, Sáenz introdujo en la educación del indígena los principios básicos de Dewey:

La motivación, el respeto a la personalidad, la autoexpresión, la vitalización del trabajo escolar, el método de proyectos, el aprender haciendo, la democracia en la educación: todo lo de Dewey está ahí. No desde luego como un hecho realizado sino como una tendencia... las tendencias son mucho más significativas que los hechos (Sáenz, 1970, p. 17).

Una de las principales diferencias entre Sáenz y su maestro, consiste en que Dewey trataba de capacitar al individuo para adquirir las habilidades necesarias en la industria. Sáenz, en cambio, procuró hacer de la escuela el centro de la comunidad, de formar una sociedad que arraigara en el suelo, integrara a los grupos sociales y fortaleciera el nacionalismo.

Como se ha dicho anteriormente, las escuelas rurales se construían con la cooperación de los vecinos y proporcionaban un cierto ambiente informal. En ellas, era más importante la manera de satisfacer las necesidades vitales que las cuestiones del método educativo:

Nuestras escuelas son nuevas, no tienen pasado, no están prejuiciadas por la tradición... tienen un sutil menosprecio por el dogma educativo y una fe ilimitada en ellas mismas. Puesto que tenemos que improvisar maestros, edificios, muebles y toda clase de material es muy natural que nos sintamos libres de adoptar cualquier método o cualquier filosofía que pueda acomodarnos (Sáenz, 1970, p. 15).

## 7. ANÁLISIS DE LA TENDENCIA EDUCATIVA DE MOISES SÁENZ

Con el cambio de régimen, la tendencia educativa de Sáenz reemplazó a la de Vasconcelos.

Poco dijo explícitamente Sáenz acerca de su cosmovisión. Puede admitirse que es pluralista, por ser él mismo metodista. Había ciertamente, en su visión de la realidad, un elemento distinto de la materia, que era Dios.

Respecto de la visión del hombre, ésta pertenece a su maestro John Dewey. El hombre es un ser social, que experimenta, explora y resuelve problemas. Puede objetarse que Sáenz tanto como Dewey tienden a subrayar los aspectos seculares y materialísticos de la vida; ponen énfasis en la importancia del conocimiento práctico y descuidan los aspectos espirituales de la experiencia humana.

Respecto de la teoría del conocimiento, éste se verifica, según Sáenz, en problemas y situaciones que implican la utilización de inteligencia, y un contexto social donde el niño puede aprender de otros. Los métodos dependen claramente de la visión sobre la naturaleza humana. El conocimiento es un medio para el desarrollo personal. La insistencia de Sáenz en la enseñanza activa, cooperativa y centrada en el método de proyectos puede criticarse como consumidora de tiempo en la práctica y quizá innecesaria para el niño inteligente. Por otra parte, la explicación de la naturaleza del conocimiento es debatible. El pragmatismo no propone una teoría aceptable de la certeza. La certeza de un conocimiento y su utilidad son asuntos separados.

Sáenz considera valores la integración de las distintas clases, especialmente los indígenas, la realización del mestizaje con una sola lengua, la desaparición de explotadores y explotados y la independencia de la nación.

Respecto del perfil del hombre, sostiene que la nación requiere individuos seguros de sí mismos, llenos de recursos, exploradores enérgicos y capaces de adaptarse adecuadamente a un mundo de problemas apremiantes, de cuya solución depende la supervivencia. Más que hombres académicos, México necesita hombres prácticos, capaces de poner sus manos en una variedad de tareas: labrar la tierra, dirigir una industria, manejar un ferrocarril, publicar un periódico, etcétera.

Sáenz establece que el objetivo de la educación es el crecimiento individual, el ideal de una personalidad que extiende el horizonte de sus experiencias. Esta noción de crecimiento como objetivo es confusa y desorientadora. Sáenz, lo mismo que Dewey, piensa en el crecimiento como proceso natural, quizá de tipo biológico, que se verifica en el mundo más o menos independientemente de las decisiones humanas. Las plantas y los animales crecen en este sentido, con o sin ayuda; pero tal concepto del crecimiento natural es descriptivo en carácter y neutral con respecto de los objetivos. Los seres vivos pueden crecer hacia el bien o hacia el mal. Sáenz quizá considera el crecimiento en el sentido de tener experiencias

enriquecedoras y que ensanchan la vida. Por tanto, el crecimiento no sería simplemente tener experiencias sino experiencias valiosas de una cierta clase. Esta opinión añade a la noción de crecimiento un valor que no aparece allí. Respecto del método, Sáenz insiste en el aprender haciendo —el sistema de proyectos—, consumidor de tiempo en la práctica e innecesario quizá para los estudiantes más listos.

8. UN PARALELO ILUSTRATIVO SOBRE LA EDUCACIÓN INDÍGENA (KRAUZE, 1977, PP. 309-321; GARCÍA LASCURÁIN, 1981, PP. 110-128)

Como el elemento indígena es tan importante en ambas filosofías de la educación, ayudará a establecer un paralelo entre las posiciones de sus autores ante el mismo problema. Ambos lo encaran y tratan de resolverlo, con el afán de integrar al indígena.

Vasconcelos es un pensador humanista y Sáenz un educador pragmático. De ahí parten sus diferencias fundamentales. Sáenz maneja un universo más reducido que el de Vasconcelos, quien trata de recuperar las raíces de México para crear una cultura universal. Para Sáenz, en cambio, el problema y la solución están dentro de México. México es la meta. Las dos concepciones se expresan ciertamente en las obras: *La Raza Cósmica* ([1925], 1958) y *México íntegro* (1939), respectivamente.

He aquí las dos concepciones:

Vasconcelos: el indio ya no existe; el mestizaje los absorbió a todos ellos, y sólo hay mexicanos. El mestizaje fue completo. Sin embargo, la existencia del indio se le impone a Vasconcelos y lo define como raza decadente que ocupó un lugar destacado, pero cuya misión terrena se cumplió y su ciclo concluyó. No le queda sino transformarse e incorporarse a la cultura occidental. El indio actual es distinto del existente en tiempos de la conquista. Está mal, está equivocado y se resiste a aceptar este hecho e incorporarse a la nación. En el fondo, tiene buenas raíces. Por tanto, es capaz de redimirse. Por otra parte, el atraso del indígena es un factor que el extranjero puede utilizar para conquistarnos (Vasconcelos, 1958, *IN*, pp. 912-914; 1128-1130; 1184 y 1211).

Sáenz: considera al indio como grupo étnico distinto, aislado por el idioma y la consiguiente falta de comunicación; se encuentra explotado y desadaptado culturalmente; es diferente del resto de la población, pero no inferior a ésta, y está marginado de los beneficios de la civilización occidental. El mestizaje es hasta ahora parcial y la única salida abierta al indígena es la mexicanización (Sáenz, 1970, pp. xiv-xviii y 143).

Puede apreciarse la diferencia entre Vasconcelos y Sáenz: el primero sostiene una concepción cultural; el segundo propone una concepción social. Sin embargo, ambas están presentes, de algún modo, en los dos autores. Por tanto, desembocan en la misma solución: el mestizaje en todos

los aspectos; uno, adornado con prendas estéticas, y el otro, provisto de la justicia social.

Ambos autores buscan la unidad nacional. México es todavía un mosaico de grupos humanos, un país heterogéneo y desunido que remonta una cresta de su historia, en la cual le urge consolidarse internamente y defenderse de las embestidas imperialistas, objetivo que alcanzará a la par con la formación del nacionalismo mexicano. México debe aspirar a ser una nación en el sentido más pleno del término.

En este punto, Vasconcelos evoca *La Raza Cósmica* y Sáenz el *México íntegro*. Puede vislumbrarse una diferencia latente en la reflexión que da origen a ambas posturas; la raza cósmica es idealista y bolivariana; culmina no sólo en la raza iberoamericana superior sino en una raza universal: la unión de todas las razas bajo el lábaro de la cruz y con el habla de Cervantes.

Sáenz, por otro lado, habla en *México íntegro* de la unión de todos los mexicanos en condiciones de igualdad y con una lengua común, el español; esta raza no practica otra religión que la de México, la única posible para todos los mexicanos: el nacionalismo mexicano. Esta se realizará en México sin trascender fuera. Es un afán en sí mismo, y no un medio como en el pensamiento de Vasconcelos.

De estas metas se deriva otro concepto presente en ambos autores: el nacionalismo, entendido como la actitud que exalta a la propia patria sobre todas, y recalca primariamente la promoción de la propia cultura e intereses, en cuanto se oponen a los de otras naciones o grupos supranacionales.

Ambos autores se caracterizan por su entrañable amor a México y su profundo nacionalismo. Sin embargo, el concepto de Vasconcelos es más amplio: un México consciente de su pasado y su presente: indígena, español y occidental. Un México que reconoce la importancia de la enseñanza técnica y práctica en las ciudades y en el campo, sin olvidar las esencias culturales de su historia, vinculada a la tradición occidental cristiana. Un México que, al recobrar sus raíces, se descubre nacionalista.

Para Sáenz, el nacionalismo no trasciende a México: es la conjunción de ideales y emociones de los tres Méxicos: el del asfalto-ciudadino; el del camino real-campesino y el de la vereda-indígena (Sáenz, 1970, p. 113), huéspedes en el mismo vasto territorio. Dos son las semillas que dan origen al nacionalismo: la aspiración de una lengua —el español— y el orgullo nacional. Sáenz rescata de la tradición hispánica únicamente el idioma español. La religión, según él, es factor de desunión, como lo prueba su constante pugna con el gobierno. Además, fue una de las fuerzas opresoras del indio en la conquista. La religión de Sáenz es el nacionalismo, pero impuesto desde arriba.

El problema indígena preocupa a ambos. Según Vasconcelos es digno de ser tomado en cuenta por ciertos valores folklóricos. En lo demás, opina que debe desaparecer, volviéndose mexicano. Respecto a Sáenz,

juzga que el indio fue injustamente marginado del nacionalismo v. por tanto, carece de conciencia nacional. Los valores indígenas (no menciona cuáles son) deben incorporarse a la cultura nacional.

Ambos autores proponen, con diferencias importantes, una estrategia para lograr su propósito: la educación. Vasconcelos sostuvo siempre que ésta no redimiría al indígena si antes no se resolvía el problema económico. La creencia de Sáenz en la educación, al menos antes de su fracaso, era absoluta. En Vasconcelos alternaban la fe y la incredulidad. Vasconcelos dio gran importancia a los factores económicos durante su gestión: sueldos atractivos, desayunos gratuitos, servicio médico y dental gratis. Sáenz escribió y habló poco del aspecto económico, quizá por la penuria del régimen callista.

La mayor diferencia entre ambos autores se encontraba en la actitud hacia los libros. Vasconcelos fundó la SEP sobre tres columnas: escuelas, bibliotecas y bellas artes. La educación le parecía inseparable de la lectura. Para Sáenz, el libro tenía escasa importancia, al grado que casi ni se habla de él. En la escuela activa no había mucho sitio para la función tan poco "activa" de la lectura (Krauze, 1977, pp. 309-310).

La escuela de Odiseo la de Vasconcelos (1958, *DRO*, pp. 1498-1514) va adelante de la sociedad, fomenta la creación artística v espiritual y no sólo la práctica. Vasconcelos se opone a la teoría de aprender haciendo. De ahí que el libro sea instrumento fundamental. Vasconcelos pretende un renacimiento de los valores tradicionales hispánicos y clásicos. Se opone a educar por la necesidad. Enseñar sólo lo útil es limitar la educación a lo técnico y olvidar lo espiritual.

Sáenz, en cambio, considera que la escuela rural es proyección de la comunidad y un agente socializador. Por tanto, las prácticas cotidianas deben aprenderse allí, a partir de las necesidades físicas, intelectuales, etcétera. Sáenz se preocupa por el problema del indígena; vela por sus necesidades urgentes: comunicaciones, salud, etcétera. Vasconcelos atiende al problema indigenista. Fueron dos paladines que lucharon por alcanzar un mismo objetivo, pero con métodos distintos. El primero, un filósofo católico, demócrata e idealista, el segundo, un educador protestante, populista y pragmático. Ambos trabajaron por la salvación de México con la misma fe en la educación (Gracia Lascuráin, 1981, pp. 110-128).

La historia, dice Krauze (1977, p. 312), daría la razón a Sáenz, pero no por el influjo evangelizador de la escuela rural, sino por la acción omnipresente y arrolladora de los medios masivos de comunicación y la penetración de los patrones norteamericanos de vida. Bien visto, el México de hoy no se parece mucho al México íntegro de la utopía de Sáenz, aunque se halla más cerca de ésta que de la vasconceliana.

## EPÍLOGO

Tales fueron los eventos y las tendencias de estos 23 años de la educación nacional. Al porfiriato, favorecedor de una educación urbana para las clases alta y media, sucedió una alborada de rectificación, reconstrucción y expansión. México incluía, por fin, entre sus ciudadanos, no sólo a los obreros sino a la raza olvidada <sup>3</sup>/<sub>4</sub>los indígenas, antiguos pobladores del país<sup>3</sup>/<sub>4</sub> y les dedicaba buena parte de su esfuerzo educativo y, por ende, civilizador. La educación trataba de llegar hasta ellos, de rescatarlos de su atraso y de convertirlos, de rémora para el progreso, en artífices del mismo.

Una persuasión empezaba a rasgar en esta época las brumas que ensombrecían la mente de gran número de mexicanos: la identidad nacional consistía no sólo en la herencia española sino dependía también del legado indígena. México era una nación mestiza. Y esa persuasión se plasmó, más adelante, en una inscripción, cuyo marco es la Plaza de las Tres Culturas: unas pirámides aztecas semiderruidas, evocación del pueblo indígena; el templo de Santiago, monumento de la cultura hispana y católica, y el elegante perfil de la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores, representación del México moderno. La inscripción dise así:

El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés

No fue triunfo ni derrota  
fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo  
que es el México de hoy